

Texto promocional.

Todos los detalles, ilustraciones, etc. en estas páginas de ejemplo, corresponden con exactitud a las páginas interiores del libro impreso.

Tenga en cuenta, que posiblemente se han omitido en este archivo detalles como mapas, textos muy reveladores, prólogos e ilustraciones.

A su disposición,  
Mundos Épicos Grupo Editorial



# **ECOS DE AZURËA**

**VOLUMEN I**

## **El Cementerio de Torres**

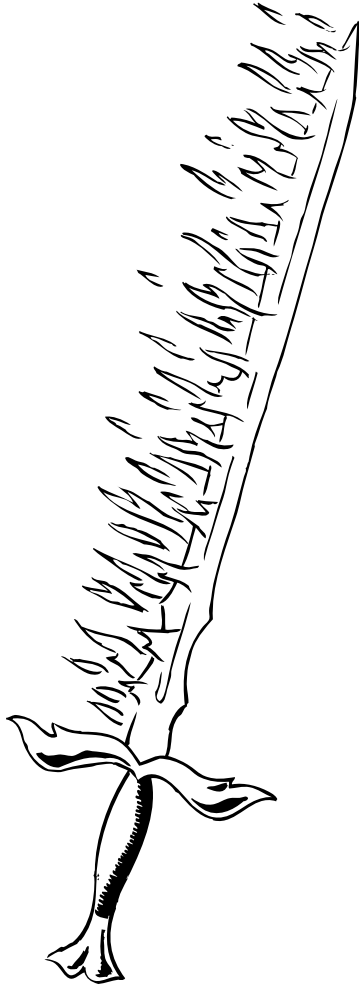
**MANUEL F. BUENO**





Para Aurora,  
siempre





**H**acia el Confín, le encaró Escarabajo a Hacedor:  
—Heme aquí, que vengo a reclamar lo que me pertenece.  
Discretamente, la hilaridad de Hacedor sacudió el polvo estelar acumulado en las esquinas de la Creación:

—Te escucho, pero sólo podrás elegir entre dos deseos, uno de tu elección, u otro del mío.

—Quiero ser para siempre.

—Decidido, como océano, aun cuando Caos desordene tu ser, por siempre agua...

—Nada de eso. Quiero ser yo, así, sin cambiar.

—Inmutable como roca, cristalizado este exacto pensamiento...

—No... no. Quiero pensar aún más... en... en mí.

—¿Por qué?

—Para saber qué soy yo.

—Entonces, ¿por qué cambiar lo que tienes? ¿Qué envidias? Mal disimulada fue la mirada de reojo.

—¿Quieres ser como yo, Escarabajo? ¿Cómo dirías que soy? Peor disimulado fue el sonrojo:

—Perfecto.

—Perfecto no seré, si acudes a reclamar. Creador es creación, mas mi obra, me muestras errónea; tú, yo, los que son y los que han de venir. ¿Eliges entonces ser creador de errores? ¿Arrastrarlos para siempre? Te recuerdo que Escarabajo es Uno, Uno es Todo, Todo es Ciclo y Ciclo es para Siempre. ¿Escarabajo... para Siempre?

Rebelde, como sólo hijo puede ante padre, asintió. Aún hoy se niega a revelar si la dádiva fue la de su elección. Aún hoy, divisa de la inmortalidad, vive, arrastra y nace de una canica de excrementos. ¿Qué crees tú?





# CAPÍTULO I

## RÉQUIEM PARA LAS BESTIAS

*«Cuando la piedra ha sido lanzada,  
cabe esconder la mano, pero no las ondas».*

ANÓNIMO RISHAI

**E**l aullido de la chiquilla se elevó por encima del humo que brotaba de sus pies desnudos. Las uñas comenzaban a adquirir el color de los gatos sacrificados ante ella. Bruja... o no. El cielo ya se encargaría de juzgar.

Noche de antítesis en la Plaza Chica de Chalandria. Alaridos de agonia por bramidos de placer. Por debajo de la víctima, sus superiores morales. Sobre la tarima, la muerte recibía la pleitesía de un anillo de sepulcros blanqueados. En nombre de la fe, una orgía malsana celebraba el poder de la destrucción. Delatores, portadores de la verdad, ocultos tras máscaras de odio o terror. En el aire, el dulce tufo de la carne quemada bailaba con el salado de la hipocresía exudada por un anillo de cuerpos apretujados.

Primera fila, un pescadero sentado sobre una caja de carpas podridas se dobló imposiblemente sobre su oronda barriga y vomitó la cena sobre

el delantal de trabajo. Arcadas y carcajadas se propagaron en igual número alrededor del apestoso epicentro formado por el fulano.

Una urraca sobrevoló la pira. El géiser de demencia impulsó sus alas como una corriente de aire cálido que lo elevó por encima de la escalinata estrecha de la Casa de Préstamos de Bugrow-Starlot IV. Un relámpago iluminó la faz del simio alado que comandaba las gárgolas del pórtico. La imagen espantó al ave ladrona. El susto le arrebató su preciado botín que llevaba entre las garras.

Un objeto pequeño descendió girando entre destellos; una estrella fugaz en una noche sin esperanzas. No llegó a tocar el rellano. En el último momento, una mano esbelta emergió de la oscuridad del pórtico para atrapar el tesoro de la urraca. Era un dedal de plata exquisito, el perfecto y poco usado utensilio de alguna dama del Cerezal, la barriada circular que abrazaba el Palacio del Marqués. Si cualquiera de los habitantes de la ciudad soberana de Chalandria hubiese presenciado aquello, habría reído nerviosamente. Casi habría parecido que la casa del prestamista, imbuida de la avaricia de su morador, hubiese requisado el objeto para sí.

Pero no era el caso. Shaede había planificado su escondite a conciencia para presenciar la muerte de la chiquilla. Sabía que nadie, de día o de noche, pondría sus ojos voluntariamente en la Escalera del Infierno. Para muchos, parecía que un mismísimo Rey-Verdugo se personase allí cuando asomaba la nariz alargada de Ferd Bugrow. Este lugar, por no soltar prenda, no desperdiciaría ni la lágrima que se le escapó y que fue engullida por el viejo felpudo.

¿Por qué? Se había repetido esa pregunta incontables veces en la última semana. ¿Por qué seguía viniendo?

También, por enésima vez en el día, elevó la mirada hacia el cielo. La nubada espesa no conseguía eclipsar el fulgor del cometa Hoidon. Tenía muchos nombres. *Vardh'Mahiri*, Rosa Temprana la llamaban aquí. *Estrella Sangrienta* le decían en Astara, el Reino de los Siete Lagos. Para Riveshai, la nación de los grandes navegantes, era el Gran Catamarán. Aún en el mil ochenta y nueve de la Edad de la Luz, el cuerpo celeste acudía de forma puntual a su cita del segundo mes de cada cuarenta y cuatro años.

El número de «brujas» de quince años aumentaba a medida que se acercaba la fecha de su cumpleaños. ¿Por qué se forzaba a presenciarlo? ¿Se trataba quizá de una expiación? ¿La culpa de saber que todas aquellas piras podían ser por y para ella?

Más lágrimas. Le habría gustado poder echarle la culpa a las cenizas del aire.

Cercano el final, sus dedos jugaron nerviosamente con el irónico trofeo que le había dejado el ave: un dedal. Sollozó, y después salió corriendo. Le habría gustado tener un dedal para el corazón.

La Calle de los Braceros ofrecía una auténtica carrera de obstáculos. A sortear tocaban adoquines quebrados, fruta podrida, retales de cuero y excrementos cuyo origen, aprovechando la escasa luz de los faroles, era mejor no preguntarse. Presa del llanto, con los ojos anegados, siguió avanzando a trompicones, sin rumbo. Se lastimó el hombro contra un canalón y atropelló una pila de barricadas vacías, pero los peores golpes eran los que se infligía ella misma. En silencio, aquella palabra azotaba su mente como un látigo de siete colas y siete letras. Cobarde. Cobarde.

Apenas si reparó en la estrechez de la calle, las balconadas, los sucesivos arcos. Hogar de antiguos emigrantes astaranos, aquella zona gritaba ecos de un tiempo de persecuciones y terror, de las primeras lunas que vieron la Reforma Corvetiana.

Shaede creyó reconocer el Cerro del Viento. El suburbio, coronando una extensa colina poblada de edificios ruinosos y jardines descuidados, elevaba la muralla oriental. El río Voldra cerraba el barrio desde el torreón noreste hasta el Palacio. Su *jerú*, tutor en la lengua de los Pretéritos, la había amilanado con historia de aquel lugar. Las lugareñas que se acercaban a recoger agua no charlaban; casi podría decirse que contaban las burbujas que salían de las tinas al sumergirlas. Es más, con frecuencia podía verse a hombres crecidos y jóvenes que, puesta en juego su hombría frente a mozas o compadres, no les quedaba más remedio que arrimar el hombro y traer el caldo para el puchero. Más que habladurías tales como la Lavandera, era el aspecto zoológico de los mitos sobre lo que más la habían instruido en la Torre Esmeralda. En la mesnada regular de las almenas se cuchicheaban, siempre precedidos por el Sacro Signo, rumores sobre cuélebres, hombres-lobo entre los indigentes y metarántulas. Ni siquiera lo consideró, no le importaba. Instada por la rabia y la pena, convirtió el hecho de atravesar el puente medio derruido en un acto de rebeldía.

Dejó atrás varias manzanas hasta que, desfallecida, inconsolable, se apoyó contra el pedestal de la estatua con los hombros convulsionados por el llanto. Resbaló hasta el suelo, lentamente, desprendiendo con su capa el moho que cubría la piedra.

Había llegado lejos, pero no lo suficiente. El viento, inclemente, le alcanzaba hasta allí la agonía final de la bruja. La lluvia no bastó para amortiguar el suplicio.

El aguacero comenzó a resquebrajar la capa de excrementos avícolas que cubría la cabeza de Halen Valadyr. El viejo señor bronce, espada en diestra y red en zurda, parecía vigilar la ciudad que, un día, perteneció a la vasta nación de Astará. La sombra de la antigua Catedral de Chalandria, flanqueada por la mansión de los decantes Redemy y la ruinosa Chancillería, no lograba empequeñecer la estampa del Rey Pescador.

Se echó la capucha en un vano intento por engañarse. Quería pensar que sólo buscaba resguardarse del temporal. Pero la Otra Voz siempre la encontraba. Resonaba en su cabeza allí donde estuviese. Sus manos se dispararon hacia sus orejas. Llegó a clavarse las uñas en el cuero cabelludo, pero aquellas palabras no podían ser desoídas.

*Arde.*

*...ven a Taië'Prah.*

*¡Quémalo!*

*...a Taië'Prah.*

*¡Quémalo todo!*

En una asociación sin sentido, hija del paroxismo, encorvó la espalda en un intento por protegerse. No fue consciente de su error hasta que vio su imagen reflejada en el charco que se formaba entre sus piernas. La imagen que le devolvía el agua ardió.

*...Más allá del Cementerio de Torres.*

Entre las llamas vio una extraña ciudad subterránea que se extendía de horizonte a horizonte.

*...en lo más profundo del Palacio de la Soledad.*

Una mujer cubierta de vendas, arqueada sobre una losa de piedra negra.

*...hasta Taië'Prah.*

Una boca dentada de encías sangrantes y labios ulcerados.

*...Te estaba esperando.*

Gritando de terror y confusión, descargó sus puños contra el charco hasta que le dolieron los dedos y el légamo se confundió con sus lágrimas. La imagen se desvaneció, pero el eco de la Otra Voz pugnó por enloquecerla antes de alejarse hacia las profundidades de su mente. Alertadas por el chillido, una bandada de palomas levantó el vuelo desde los nichos y repisas del frontispicio de la catedral. Las aves rodearon la plaza entre protestas una, dos y hasta tres veces antes de alejarse hacia el sur.

Le acosaban la vergüenza y la culpabilidad, pero no podía hacer otra cosa. Su *jerú* se lo había dicho. Todos en la Torre Esmeralda se lo habían dicho. El día de su decimosexto cumpleaños estaba cerca: vigésimo noveno del segundo mes. Acarició aquella cifra en su mente como la llave de su liberación. Entonces, tal y como se le había prometido durante años, la llevarían a ver al Gran Centinela.

Ese día, la liberarían de la terrible entidad que moraba en su interior.

Desde que tenía uso de conciencia, odiaba al ser que parasitaba su alma. Tener que lidiar con aquel ser le había conferido la habilidad de materializar llamas en su rango de visión una vez cada doce horas aproximadamente. Podía inflamar su piel cuando le viniese en gana. El problema radicaba en los momentos de peligro o inseguridad. Tan poderosa era aquella presencia que, aprovechando su debilidad, podía convocar el fuego sin que ella lo deseara. La Otra Voz tenía especial predilección durante las crisis asmáticas, cuando se asfixiaba. En esos casos, la mejor opción con la que contaba era la ira. Combatir rabia con rabia. Con aquel fin, para aumentar su rechazo hacia la Otra Voz, el día que cumplió los doce años le habían confiado el secreto: ella era el Sello del Anti-Asoretta, el siniestro espíritu que había traído la Lamprea a esta dimensión y tentado al Inraiel Dana, profeta enviado por el Hacedor para salvar a la Humanidad. Tenía la responsabilidad de aguantar, de imponer su voluntad hasta la purificación.

Cuando le falló la voz, dolorosamente enronquecida, se sintió impelida a esconderse. Tambaleándose, bajo un triste agasajo de plumas malolientes, se dirigió a la catedral. Entre tropiezos y algunos resbalones, subió la escalinata tratando de ignorar la severa mirada de las estatuas de celestiales alados que la observaban desde sus nichos. Forzar el viejo portón claveteado resultó más arduo de lo que había supuesto en un primer momento. La humedad tenía que haber hinchado los tablones. Cuando encajó las puertas tras ella, el eco del golpe resonó en la vetusta nave y despertó el batir nervioso de unas alas sobre su cabeza, en la bóveda de crucería.

Suspiró de puro alivio; los gritos habían quedado fuera.

La sucia claraboya generaba una penumbra tenue y acogedora. Rasgaba la estancia una columna de luz que se filtraba por el rosetón que había sobre el altar cubierto de nidos y enredaderas. A través de las mellas en la vidriera circular brillaba la faz argentina de Galestra, la Última Luna. La quietud era sedante. La joven llegó a pensar que, si cerraba los ojos y prestaba atención, podría escuchar posarse la miriada de motas de polvo que flotaba en el aire.

Un destello, tan leve y rápido que llegó a pensar que podría haberlo imaginado, atrajo su atención hacia los primeros bancos. Había alguien

sentado al fondo de la sala, en el segundo banco de la derecha. En un primer momento, el miedo la llevó a resguardarse en la oscuridad de uno de los oratorios laterales. Más tarde, la curiosidad, unida a la inmovilidad de ese *alguien*, la empujó a avanzar de capilla en capilla hasta que pudo verle más de cerca. Distinguió entonces el perfil de un hombre envuelto en una capa. La posición relajada y la cabeza caída sobre el pecho parecían sugerir un sueño tranquilo. Toda precaución se vino abajo cuando la curiosidad traicionó la prudencia. En el pasillo central, una segunda apreciación le reveló detalles peculiares en los que antes no había reparado. No se trataba de un hombre viejo, como creyó en un primer momento al ver la abundante mata de cabello lacio y cano, sólo que no era gris acerado sino de un tono níveo que no parecía acusar la falta de vitalidad que solían presentar los ancianos. Se le formó un nudo en la garganta al ver que no respiraba, pero fue incapaz de apartar la mirada. La piel, no tan pálida como la de un albino, estaba cubierta de la misma capa de polvo que cubría sus ropas. Además, por si fuera poco, una de las enredaderas del altar que abrazaban los primeros bancos se había enrollado alrededor de sus botas.

De forma inconsciente, apoyó una rodilla en el banco frente al joven mientras alargaba la mano para atrapar el mechón que le cubría la mitad izquierda del rostro.

Un golpe repentino entreabrió la puerta con un chirrido, apenas un palmo. Congelada en el sitio, presencié la entrada de una criatura andrógina y cenicienta que se coló por el hueco abierto. Rondaría los dos metros de altura y los dos dedos de grosor. A falta de rostro, presentaba una superficie espejada en forma de óvalo que barrió la estancia. Cuando la joven se vio a sí misma reflejada en la criatura, ésta comenzó a aproximarse. Se desplazaba con movimientos sinuosos, casi hipnóticos, efecto que se acentuaba con el aspecto de guadaña flexible de sus cuatro extremidades.

Hipnotizada, no acertó a reaccionar hasta que fue demasiado tarde. Cuando iba por la mitad, sin previo aviso, la criatura aceleró a un ritmo vertiginoso. En ese instante, un escalofrío le recorrió la columna vertebral al ver que el ojo oculto por el mechón se había abierto. Aterrada, cayó hacia atrás con la imagen de aquel iris azul oscuro grabado en la mente. El borrón pálido que se aproximaba a toda velocidad por el pasillo cayó sobre ella. Un segundo antes de que la alcanzase, inflamó las manos que había levantando para protegerse. Al contacto con las llamas ambarinas que manaron de sus dedos, la piel del brazo derecho de la criatura prendió como madera seca. El ser se retiró emitiendo un silbido agónico que surgió de un pequeño orificio que se abrió en el centro del rostro espejado. El extra-

ño fuego se extendió con rapidez, lo que obligó a la criatura a arrancarse el brazo con la extremidad ilesa. El miembro amputado cayó al suelo y se apergaminó y carbonizó en pocos segundos. Antes de que pudiese volver a la carga, una sombra atravesó la cristalera de una de las capillas. El recién llegado rodó por el suelo, alcanzó a la criatura en tres zancadas y le atravesó el rostro con una espada corta.

—¡Shaede! —aulló la sombra con voz estrangulada por la aprensión. Al verla ilesa, buena parte de la rigidez que preñaba su postura se desvaneció.

La joven reconoció a su *jerú*. Tigris Caledion, Velator de la sociedad semi-secreta conocida como Centinalia, era un hombre de mediana edad de rasgos aquilinos. De constitución fibrosa, ni alto ni bajo, tenía la piel oscura y los ojos tan negros como la cola de caballo que se recogía con una tira de cuero. De forma inconsciente, cualquier mirada sobre aquel sujeto resbalaba hacia las sienes plateadas. Dicho efecto lograba, hasta en ella, la dificultad de concentrarse en el rostro de su tutor y, por ende, recordar sus facciones. Apoyando una bota en el pecho de la criatura, extrajo el arma de un tirón y la limpió con un trapo que luego arrojó al suelo. Una sustancia viscosa color cobalto comenzó a derramarse por la herida de la criatura.

—¿Qué crees que estás haciendo? —el bramido del hombre alcanzó las cuatro esquinas como un sermón implacable—. ¿Qué buscas? ¿Morir como esas niñas? ¿Arrojar por la borda todo lo que hemos pasado? ¿Condenar la vida de millones de personas por una estupidez?

Shaede quería responder que no podía más, que estaba cansada, que no podía seguir viendo cómo morían chicas como ella, que tenía que marcharse de Chalandria ahora mismo y llevarse consigo toda la muerte que había desatado. «Y pensar que se encontraban a una hora de distancia de la Torre». Pero, en ese momento, su *jerú* reparó en la presencia del joven de cabellos blancos. Ayudado por la penumbra, la inmovilidad del muchacho le había hecho invisible hasta que se incorporó y se desplazó al pasillo central.

Viendo que se dirigía hacia ellos, Tigris agarró a Shaede por el antebrazo y la colocó a sus espaldas.

—¡Alto! —advirtió Tigris enarbolando en alto la espada.

Como no se detenía, balanceó la espada y lanzó un tajo horizontal al pecho. El joven ni tan siquiera les miró. Detuvo el embate agarrando la hoja con dos dedos, la apartó y les rodeó sin prisas. Un golpe demoledor sacó la puerta de los goznes y la hizo volar, derribando varios bancos.

Una multitud silenciosa de aquellas criaturas había ocupado la escalinata. Se derramaron por la nave como una marea cenicienta.

—¿Qué son? —balbució Shaede, fascinada y aterrada a partes iguales. Tigris la obligó a retroceder hacia el altar sin bajar la espada.

—Gheist, fatuos, espectros del Miasma. Vamos... por la ventana de una capilla.

Pero Shaede parecía haber echado raíces. Aunque la Saga de las Sagas narraba victorias del Asoretta contra algo llamado la Horda Gheist, las descripciones de aquel enemigo eran tan ambiguas que siempre había creído que se trataba de algo simbólico, una alegoría.

El Velator, al percibir su desconcierto, la zarandeo por el hombro en un intento por sacarla del trance en que parecía sumida. Shaede apenas si le escuchaba. La voz del hombre parecía llegarle desde la lejanía.

—Que huir... tenemos... Volver a la torre.

—¡Basta!

El grito detuvo el avance de los gheist.

Tigris no fue consciente de lo que estaba pasando hasta que sintió el golpe de dos puños pequeños que se descargaron sobre su pecho. Aterrizó sobre las losas, derribado más por la sorpresa que por la fuerza bruta.

—¡Estoy cansada de esconderme! —repitió Shaede con los ojos relampagueantes—. ¡De vivir sobre cadáveres de inocentes!

Tigris alzó los ojos, estupefacto tanto por la reacción como por la majestad imperiosa. No podía reconocer a la chiquilla a la que había educado como a su propia hija.

—Pero no puedes... todavía no.

—Ya no puedo engullir más excusas... ni más cenizas...

Tigris se levantó. Extendió una mano temblorosa, pero ella retrocedió, sacudiendo la cabeza.

—No voy a volver...

Un golpe demoledor sacudió las paredes del edificio. Lo que quedaba del rosetón se estrelló en el piso esparciendo un charco multicolor en la plataforma del altar. En el hueco dejado por el tragaluz, la cabeza enorme y bulbosa de un gheist eclipsó la luna. Un bramido, como el de un alce adulto, precedió la entrada de un gheist gigante con forma de orangután que atravesó el altar. Respondiendo a su llamada de desafío, una criatura similar derribó el frontispicio. Aunque con una boca encarnada y sin labios, éstos carecían del rostro espejado que mostraban sus congéneres de menor tamaño. Shaede, que se había arrojado a un lateral de la nave para evitar los cascotes, se percató de que los grandes sólo podían verla si se movía. Dejó de gatear en el acto, pero el monstruo del altar ya había reparado en su presencia. Un puño del tamaño de una res adulta descendió sobre su cabeza.

Tigris se plantó a su lado apoyando el tablón astillado de un banco en el suelo. El gigante bramó de dolor cuando la madera le atravesó la muñeca de parte a parte. Cuando retiró el brazo, el Velator, cogido por sorpresa, fue alzado en el aire y estrellado contra la columna que marcaba el tabique entre dos capillas. Envalentonados, dos de los gheist cayeron sobre Shaede y murieron carbonizados por las llamas de sus manos.

En el silencio que siguió al ataque resonaron unas palmadas. La apretada aglomeración de espectros abrió paso a un hombre que avanzaba entre las piernas del coloso.

Shaede retrocedió un paso involuntariamente. El rostro era una máscara de cuero tensada sobre una calavera. A falta de ojos, dos cuencas sangrantes teñían la túnica blanca ceñida con fajín negro.

—No está mal para una muñeca —se burló el recién llegado observando los restos de los gheist que humeaban a los pies de la muchacha—. Nada mal.

Tigris se arrastró hasta el pasillo central entre toses. Un abundante reguero de sangre le manaba de la sien.

—Abanias —masculló el Velator, consternado ante la visión de sus cuencas vacías—. No sabes lo que has hecho...

—Sacratísimo Grett para ti, reliquia pagana. He venido para llevármela, Tigris —y extendiendo una mano descarnada hacia la joven, ordenó:— Acude, Chaodra.

—¡No la llames así, Grett! —Tigris hizo retumbar la nave—. ¡No te atrevas!

—¿Cómo...?

La voz de Shaede, aunque débil, terció la pugna de voluntades que parecía haberse instaurado entre los hombres.

—¿Cómo me has llamado?

La sonrisa de Abanias Grett tensó de tal forma su rostro que la piel pareció ir a rajarse sobre la barbilla y los pómulos.

—Ah —se relamió el sacerdote—. ¿Todavía no se lo has dicho?

—¡No le escuches, Shaede! —suplicó el Velator.

—¿Ni tan siquiera el propósito de su concepción?

—Mírame, Shaede —la conminó, tratando de contrarrestar la influencia que el sacerdote ejercía sobre la muchacha—. Huye de aquí y busca a Mnementti Grim, busca al Centinela en...

—¡Basta! Te has quedado fuera, Tigris —exclamó Abanias—. La custodia del Proyecto Amrita ha cambiado a manos más adecuadas, *mis* manos.

Tigris Caledion esbozó una sonrisa tremebunda al ver el vaho que manaba de la boca del sacerdote; el mismo que expulsaría él al responderle:

—Al que el poder elige se ve a leguas, los que se arriman no son sino yeguas.

El rostro de Grett se crispó de rabia. Sus cambios de humor parecían manifestarse en oleadas que hacían temblar a los gheist.

—Palabras —farfulló el sacerdote, ignorante de la repentina zozobra que agitaba a los gheist. Al ver que la atención del Velator vagaba por las alturas, presupuso la desesperación del hombre. Alzó la voz para llamar su atención, seguro ya de su victoria—. Tenías una mínima posibilidad de romper el cerco con un ataque relámpago, y mírate ahora. Retrocediste y te atrincheraste para debatir ética. ¿Es todo cuanto puedes ofrecernos, viejo?

Tigris estalló en carcajadas. Aquello enfureció a Grett, pero Shaede, que creyó detectar una nota de histeria en la risa de su *jerú*, se envolvió en su capa acosada por un súbito frío. Fue entonces cuando descubrió, en las cristalerías intactas, la forma en que se iban empañando los cristales.

Los gheist temblaron violentamente mientras los gigantes, intranquillos, cambiaban el peso de un pie a otro.

—La virtud del viejo es la paciencia —reveló Tigris Caledion con un brillo de aterrada resignación en los ojos—. Que el Cielo se apiade de nosotros.

El coloso de la entrada clavó una rodilla en tierra cuando un humanoide carmesí cayó sobre su espalda y lo desnucó de un tremendo revés. El cuerpo sin vida cayó con un estruendo, superado tan sólo por el alarido sobrenatural de su extasiado verdugo.

De la nube de polvo que se había levantado emergió el ser más horrendo que Shaede había visto o imaginado. Parecía un humano sin piel, con los músculos en carne viva y la falange exterior de los dedos descubierta. No pudo evitar encogerse al ver aquellos ojos violáceos y sin párpados que le atravesaban como cuchillas. A falta de labios, le sobresalían dos hileras de dientes enormes y cuadrados.

Estalló el caos cuando los gheist comenzaron a huir a la desbandada. El otro coloso quiso escapar pasando por encima del monstruo. Le salió bien la jugada, pues el depredador carmesí sólo tenía ojos para la muchacha. Mientras descendía del cuerpo de su víctima, abrió los brazos para dejarse impregnar por el aura azulina que manó del enorme cadáver. Aquel acto de consunción pareció aumentar su tamaño a la vez que desprendió la cola gruesa y reptiliana que le colgaba sin vida de la base de la columna.

—Huye —la conminó Tigris, incorporándose entre ambos mientras desenvainaba una espada corta y una daga.

La Otra Voz se hizo eco del Velator con una desazón desconocida hasta ahora.

*Corre...*

*...aléjate de ella...*

Tigris Caledion aguardó a la criatura con los brazos abiertos. El monstruo no le hizo esperar antes de plantarse a su lado y atravesarle el estómago de un puñetazo. Shaede se llevó la mano a los labios con un grito desgarrado. En ese momento, era incapaz de asimilar lo que le estaban transmitiendo sus pupilas dilatadas.

*...¡Esa criatura es imparable!*

*...¡Corre!*

Tigris resbaló hacia el suelo. Ya a los pies de la criatura, empleó su último aliento en hundirle el cuchillo en el tendón del talón y, con un movimiento de cuchara, rajárselo limpiamente. El monstruo se tambaleó con un gruñido de dolor.

*...¡Huye, estúpida!...*

*...Hu...*

La Otra Voz enmudeció. No se limitó a desaparecer en ecos alejándose hacia las profundidades de su conciencia. Se desvaneció en el acto. Conmociónada como estaba, no se percató de la mano que rodeaba la suya hasta que vio al joven de cabello blanco a su lado. Entonces, sin previo aviso, tiró de ella con fuerza, y la obligó a internarse en una de las capillas y atravesar de un salto la vidriera que había bajo la estatua del sacro varón.

Aterrizaron en un patio interior lleno de hojas y excrementos de palomas. Shaede no tardó en advertir que, a ojos vista, aquel recinto carecía de entradas y salidas de ningún tipo. Había estado cercado entre la nave principal de la Catedral, la muralla de la ciudad, el muro del antiguo viñedo de los Redemy y la fachada ciega del archivo de la Chancillería. En el centro, entre ellos y la criatura, había una fuente bastante peculiar. Se componía de la estatua de mármol de una mujer sentada sobre el caparazón de una tortuga y con una lanza de bronce cruzada sobre las rodillas. Alrededor de ella, formando la cuenca de la fuente, se enrollaba un ofidio emplumado que vertía sobre la boca de la mujer un abundante chorro de agua.

Acongojada, Shaede reconoció lo que la razón trataba de negar. Abundaban diferentes descripciones en libros e historias, pero ninguna lo suficientemente alejada como para no hacer justicia al ser que atravesó la pared del altar y avanzó renqueante hacia ella. Era la Parca Roja, el avatar de la Lamprea.

Llevada por el instinto, Shaede inflamó sus manos. Las llamas ambarrinas se agitaron antes de saltar en dos venas luminosas que se derramaron sobre la Parca. Horrorizada, extinguió el fuego al ver que, bajo su influjo, el monstruo caminaba con más facilidad.

—¿Alguna idea?

A toda respuesta, le llegó una cadencia regular de golpes metálicos. Al girarse, perpleja, descubrió al joven aporreando la estatua con un cascote de la pared del altar. Sin perder de vista al monstruo, retrocedió hasta la fuente. Aquellos ojos azules le dedicaron un breve vistazo divertido antes de concentrarse en la estatua. Shaede fue a replicarle, pero le detuvo una voz melodiosa y profunda, carente de acento.

—¿Te vas a fiar de mí? —le preguntó, burlón.

Shaede levantó la vista al constatar, por el rabillo del ojo, la cercanía del monstruo. Cuando él la miró, Shaede tuvo un pensamiento fugaz: la sonrisa de un hombre no debería parecerle tan bonita; mucho menos en una situación como ésa. Tragó saliva antes de asentir.

El chico golpeó hasta que, sin previo aviso, toda la plaza comenzó a temblar. La Parca Roja, a tan sólo diez metros de su presa, retrocedió confusa. Ellos también se alejaron del epicentro del seísmo: la fuente.

Con una explosión, el cuerpo de un cuélebre adulto se elevó como un reluciente surtidor de escamas color aceituna. Una lluvia de tierra húmeda y adoquines azotó el patio. El dragón menor hizo restallar su cuerpo lanzando a la Parca contra el muro de la vieja chancillería. Antes del impacto, el chico se situó a su lado y le tendió la lanza de la estatua en posición vertical.

—Aquí tienes tu salida.

Shaede agarró la lanza con las dos manos por inercia. Él le rodeó las manos con las suyas antes alzar el arma un palmo del suelo. La descargó contra el suelo una, dos y tres veces. Con un rugido, la sierpe ciega bajó la cabeza a ras del suelo y se lanzó contra ellos.

—Sujétate —le recomendó con una media sonrisa antes de que las mandíbulas se cerrasen sobre ellos.

El cuélebre, que ya se creía victorioso, alzó a sus presas hacia el cielo al sentir el peso en la lengua. Cuando la lanza le atravesó el velo del paladar, emitió un rugido fétido que le atronó en los oídos y le azotó el cabello. Herida, desconcertada, la sierpe buscó cobijo en el subsuelo a través del cráter que ella misma había abierto.

Viajaron en la oscuridad durante varios minutos hasta que vieron, arriba, un círculo de luz dividido por una línea. Subían. Más de cerca, segundos antes del impacto, distinguieron el arco de madera, la cadena y el cubo. Salieron a través de un pozo que abastecía los cultivos de yuca que lindaban con los primeros árboles de La Fosca. Saltaron nada más escuchar el crujido de la polea.

Shaede rodó por el suelo para amortiguar el golpe. Su vista barrió el paisaje a la busca de un refugio y lo encontró: un afloramiento rocoso en el que se apoyaba un cobertizo. De su acompañante no había ni rastro. Gateando, trató de alcanzar cobijo sin perder de vista los bandazos erráticos del cuélebre. La bestia sacudía la cabeza de un lado a otro en un intento desesperado por librarse del anzuelo de bronce. Mientras se liberaba de la lanza, se le enganchó la hebilla de la bota en la cadena del cubo del pozo. El miedo hizo sus movimientos más frenéticos, consiguiendo así atraer la atención del dragón. Cuando su espalda chocó contra la roca comenzó a desplazarse lateralmente tanteando con las palmas. Sabía que las mujeres no eran propensas al infarto, pero se le desbocó el corazón cuando una mano la agarró por la muñeca y tiró de ella. La grieta entre dos rocas apoyadas entre sí ya tenía huésped.

—Qué pequeño es el mundo —se burló de sí misma para combatir el miedo mientras se desenganchaba la cadena.

Una risa surgió de las sombras, espontánea. Era un sonido extraño que se extrañaba de su propia sinceridad.

El cuélebre, enloquecido de dolor, derribó el cobertizo de un coletazo y comenzó a embestir las rocas con la placa ósea y cornada que le protegía la frente. Shaede, que no perdía de vista las acometidas de la bestia, se sorprendió al verlo aparecer en el exterior. Tenía que haber salido por otro lugar de las rocas. Con dos espadas de hoja fina en cada mano, se lanzó sobre la bestia. Con una precisión y habilidad envidiables, bailó alrededor del cuélebre esquivando sus embestidas y propinándole varios golpes. Poco tardó en retirarse.

—¿Qué ocurre? —inquirió Shaede con preocupación.

—Está cubierto de barro y desechos. Le alcanzó, pero las hojas resbalan sin... —enmudeció al ver cómo la muchacha abandonaba la grieta a la carrera. Siguiendo la trayectoria vio una criatura de trenzas rubias y vestido embarrado, saliendo de entre los restos del cobertizo.

Shaede, aullando hasta desgañitarse, inflamó sus puños y los agitó por encima de su cabeza. Dos bípedos y dos trayectorias, pero el fino oído del cuélebre le hizo decantarse por la presa de mayor tamaño. Shaede esperó a que la bestia le siguiese antes de correr hacia el bosque.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? —la increpó el chico cuando le dio alcance.

—¡No hacemos nada en esa ratonera! —le espetó sin aminorar el paso—. Los árboles deberían limitar su movimiento.

Dejaron atrás el lindero de La Fosca y descendieron por una depresión natural esquivando las zarzas que bordeaban la orilla del Armiño. El río

debía su nombre al torrente espumoso que fluía entre las piedras negras. La idea de Shaede era despistar el oído del cuélebre en el agua. El cauce, ancho y poco profundo, les permitió avanzar hasta que se encerraron en el salto de agua oculto entre un cañón de altas murallas de granito. En silencio, se apartaron hacia una de las paredes. La sierpe, confundida, aminoró su avance a la entrada del cañón.

—¿Podrías herirle con una espada ardiendo? —cuchicheó Shaede.

El joven estrechó los ojos con suspicacia.

—¿Qué...?

—¿Podrías? —insistió la muchacha sin concederle tregua.

—Sí —concedió sin mucho entusiasmo.

—Atácale, y espera mi señal —le empujó sin miramientos.

El chico provocó a la bestia y se movió a su alrededor rechazando sus ataques. La danza enfureció a la bestia. Uno tras otro, coletazos furiosos sacudieron las paredes levantando pantallas de agua.

—¡Ahora!

La espada de la zurda avanzó recta en una estocada fulgurante. Antes de alcanzar su objetivo, una fuente de calor tornó incandescente la hoja. El cuélebre se encogió al sentir el acero abrasador atravesando sus órganos vitales. En la agonía, un golpe espasmódico cogió al joven por sorpresa y lo lanzó por el salto de agua. Herida de muerte, la sierpe se precipitó sobre ella.

*Niña...*

Una cámara en penumbra. Una mujer cubierta de vendas arqueándose de dolor sobre una losa de piedra.

*Arde conmigo...*

Desorientada, extendió una mano buscando apoyo en la pared de roca.

Piel tumefacta. Dos mejillas descarnadas estiradas sobre mejillas afiladas. Mechones colgando de un cráneo pelado.

*...una conmigo...*

—No —gimió al sentir cómo le ardía el cerebro y el vientre.

La bestia se precipitó sobre ella en el momento en que las llamas nublaban sus ojos.

*...para siempre.*

Hora bruja sobre el Gran Continente.

En la Púrpura, el mar que separaba Riveshai de la Umbra, la vigía del Tritón Negro escupió un buche de ron sobre la cubierta del bajel.

Los invitados del baile de máscaras de lady Mediveh d'Arcont, Grande de Cymbalesh, dieron con sus aristocráticos huesos en el suelo bicolor del Balcón de los Claveles.

A Ilesian Valadyr, Señor de los Siete Lagos, le tumbó una asfixia repentina en el punto más alto del planeta.

En los Jardines Celestiales de Nirive, Jan Balagi, tumbado sobre el techo de su carreta en la Caravana de las Mil Maravillas, se atragantó con la pluma de pavo real que estaba mordiendo.

A lo largo y ancho de Azurëa, diferentes personas asistieron a la materialización del Ósculo, la Vidriera XII de las treinta y tres que componían la Profecía Akashika de Loco Mulee. Pasarían los años, pero el recuerdo cauterizó un hueco en la mente de miles de personas al ver, en apenas tres parpadeos, una columna de fuego que unió cielo y tierra.

